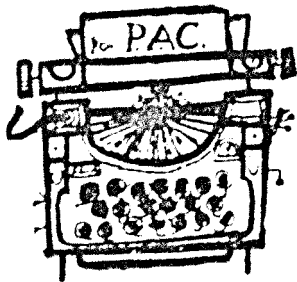


El Volcán y El Santo



Siempre que pasaba frente al viejo volcán, con su cráter desarbolado y áspero, color de cuero o como cuello de un ave gigante, la imagen de un gran monstruo decapitado —“el rugoso pecho vomitando ira”— se me imponía. Era la imagen del gigante sin mente. El dominio de la ciega potencia.

Hice entonces un poema. Y mientras más profundizaba, al escribirlo, en el misterioso símbolo de la fuerza bruta, más comprendía que los indios, “oyendo el bramido de la fuerza sin rostro”, lo tuvieran por un dios. Si nosotros, civilizados, endiosamos a los poderosos, amamos la prepotencia mucho más que la inteligencia, y preferimos la fuerza al amor ¿por qué los indios, que creían ver un dios en toda fuerza incontrolable de la naturaleza, no iban a divinizar esa colosal estatua humeante del Poder —la “Loma” mítica— que fue el volcán Masaya durante siglos?

Debe haber sido una “teología” sugerente y hasta alucinante la de ese culto chorotega al volcán Masaya. Nos quedan poquísimos datos pero de intenso dramatismo y de pluma muy amena como es la de Fernández de Oviedo.

“Tienen los indios por su dios a este infierno (o volcán), dice el cronista: e solían allí sacrificar muchos indios e indias e niños chicos e grandes, e los echaban dentro por aquellas peñas abajo...”. Y luego agrega: “Y es de notar que si no fueran ciertos viejos que allí tenían a su cuidado los sacrificios, como sacerdotes, los demás, por gran reverencia e temor, no osaban, ni aún agora osan, llegar a verlo”.

En pocas palabras Oviedo resume en el volcán todos los grados del Poder: la altura donde sólo llegan los grandes que son, siempre, los sacrificadores; los sacrificios humanos exigidos; y el temor de los que no osan subir y se quedan abajo. Pero en el culto chorotega había algo más: la figura espantosa de una vieja profetisa y canibal que moraba en el cráter del Masaya.

Los caciques bajaban donde ella —cuenta Oviedo— a consultarle como oráculo sobre su política y sobre sus guerras, y siempre le sacrificaban algún muchacho varón o hembra y le dejaban manjares y comidas en ollas y escudillas para “complacerla o agradarla, sobre todo cuando algún terremoto o temblor o recio temporal” los castigaba pues “pensaban que todo su bien o su mal procedía della”.

Y la vieja “bien vieja era e arrugada, e las tetas hasta el ombligo, e el cabello poco e alzado hacia arriba, e los dientes luengos e agudos, como perro, e la color más negra que los indios, e los ojos hundidos e encendidos...”.

He recordado todos estos datos del dios-volcán y de su culto porque esta semana, el día 30, fue la procesión de San Jerónimo de Masaya y yo tengo una teoría que me nació desde que ví hace tiempo, por primera vez el fenómeno —único en su especie— de esa masa inmensa de gente que baila (el baile colectivo y religioso más grande del mundo) durante todo el trayecto de la procesión. Y mi teoría es que ese baile, típicamente volcánico, así como la zona de influencia de esa devoción (sobre todo la gran cantidad de leoneses que llegan a Masaya a pagar promesa y a rendir culto a San Jerónimo), como también la figura misma del santo, indican que toda esa fiesta pertenecía al culto chorotega al dios-volcán y que fue sustituida y cristianizada por la Iglesia desde los primeros tiempos de la Conquista.

Uno de los métodos de evangelización de la Iglesia, fue, cuando las circunstancias lo permitían, no borrar sino sustituir y cristianizar las corrientes religiosas anteriores. En América no fue tan usado este método —como se usó en la evangelización de Europa— por dificultades y resistencias que no es del caso enumerar aquí. Pero quedan fiestas y peregrinaciones, como la famosa del Altepeilhuitl, en Tepoztlán; o la peregrinación de Chalma, también en México, en cuya cueva una imagen de Cristo crucificado sustituyó a un viejo ídolo que atraía multitudes en tiempos prehispanos. Lo interesante, para mí, en el caso del dios-volcán, es no solamente el acierto sino el conjunto de símbolos que se deriva de la sustitución y cristianización del viejo rito chorotega.

Sobre la imagen del Poder cósmico ciego y arbitrario del volcán y sobre el temor pánico que producía ese Poder, la Iglesia colocó la imagen antípoda de la Penitencia y de la Sabiduría.

Contra la figura de la vieja profetisa canibal, la Iglesia nicaragüense (creo yo) levantó la imagen del viejo Doctor, desnudo, flaco de ayunos, vigiliias y maceraciones, retirado al desierto egipcio de Calcis, donde —como él mismo narra— “no tenía por compañeros más que a los escorpiones y a las fieras en aquella vasta soledad calcinada por los fuegos del sol”.

El culto al “monstruo sin mente”, fue sustituido por el culto al santo “doctor”, al santo INTELECTUAL. Contra la vieja sumisión a la fuerza bruta divinizada, la Nicaragua chorotega —renovada en Cristo— comenzó a pagar promesa a la inteligencia pura o purificada, simbolizada en ese gigante de santidad y sabiduría que fue el

3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

Doctor Jerónimo. En el ¡Viva el Doctor! que grita el pueblo en multitud, hay todo un sustrato que todavía no aflora plenamente en nuestra civilización pero que puja por imponerse: el deseo de luz intelectual, de orden humanista, de sabiduría verdadera, contra la opresiva divinización, que también siempre puja por retoñar, del "gigante sin mente", de la altura que sacrifica al hombre, de la "Loma" sin pueblo.

El baile todavía es volcánico, todavía tiembla. Pero va en andas un santo desnudo y penitente, con la piedra en la mano (con la tierra, con la naturaleza nuestra) golpeando sobre su culpa, enseñando humildad, desprendimiento, amor, pero en la figura de un sabio, de uno de los más grandes sabios de la historia cristiana para que no se separen jamás Pueblo y Cultura!

PABLO ANTONIO CUADRA